

CAPITULO III.

LA GUERRA.

SECCION I.—EL DERECHO DE GUERRA^{los} AL FINAL DE LA EDAD MEDIA.

Cuando se compara el derecho de guerra del siglo XVI con los sentimientos que comunmente se atribuyen á la caballería, parece que se nota una profunda decadencia. Al hacer esta comparacion es preciso no incurrir en la ilusion que nos induce á embellecer lo pasado, y principalmente la Edad Media, que tanta costumbre hay de poetizar. En otro lugar hemos apreciado los tiempos llamados caballerescos, separando lo que pertenece á la imaginacion y lo que corresponde á la realidad; y hemos sacado en consecuencia, que el espíritu de la caballería era el de la aristocracia, es decir, un exclusivo espíritu de casta (1). Las relaciones de caballero á caballero estaban ennoblecidas por una especie de fraternidad; pero fuera de aquel círculo reinaba un soberbio desden hacia las clases inferiores, es decir, hacia la inmensa mayoría de los hombres. Si en los tiempos feudales hemos encontrado la humanidad, estaba en germen; para que aquel germen se desarrollase, ha sido necesario romper el feudalismo. Sucede con la humanidad de la caballería lo mismo que con la igualdad en las ciudades de la antigüedad. Los ciudadanos de Esparta y de Roma eran iguales, pero la masa de los hombres era esclava; para fundar la igualdad general ha sido necesario que se arruinasen los estrechos muros de

(1) Véase el tomo VII de mis *Estudios: El Feudalismo y la Iglesia*.

las ciudades griegas y romanas. La igualdad debe alcanzar á todos los hombres; si no, deja de serlo: del mismo modo la humanidad debe comprender á todos los hombres; si no, no existe.

Para apreciar el derecho de guerra del siglo XVI, se le debe comparar, no con la caballería fabulosa de los romances, sino con la caballería real de los siglos XIV y XV. Aquellos dos siglos tocan por una parte á la Edad Media, y por otra á los tiempos modernos. Si, como se cree, la caballería y el cristianismo han humanizado las costumbres, necesariamente el derecho de guerra á fines de la Edad Media presentará las señales de esta influencia. La comparacion será tanto más interesante, cuanto que hubo como una recrudescencia del espíritu caballeresco en las largas guerras que dividieron á la Francia y á la Inglaterra. Tenemos de aquellos tiempos un cuadro de primer orden; no se acusará á *Froissart* de que rebaja la caballería; si algo se le puede censurar es que embellece su narracion; el cronista se identifica con sus héroes, y este cronista es un artista. Si en *Froissart* no encontramos la humanidad, es que no existía en esta última edad de la caballería ni en el régimen feudal.

§ I.—Froissart.

«De la misma manera que en Lombardía y en Italia, acostumbran decir en Galicia y en Castilla: ¡Viva el fuerte! ¡Viva quien vence!» (1). Es casi el grito de Breno sobre las ruinas de Roma: ¡Ay de los vencidos! Esta exaltacion de la fuerza es el carácter de los tiempos en que los hombres no respiran más que combates y conquistas. Tal era la época descrita por *Froissart*; el cronista es algo poeta y canta ideas de que participa; le dejaremos la palabra: «¡No hay regocijo ni gloria en este mundo como los de los guerreros! ¡Cómo nos divertíamos cuando cabalgábamos á la ventura y podíamos encontrar en el campo un rico abad, un rico prior, comerciante, ó una recua de mulas de Montpellier, de Narbona, de

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. 104.

Tolosa y de Carcasona cargadas de paños de Brusélas, ó peletes-ros que venian de la feria, ó especieros que venian de Bruges, ó bien telas de seda de Damasco y de Alejandría! Todo era nuestro, y tomábamos la parte que queríamos. Los villanos de la Auvernia y del Limosin nos abastecían y nos llevaban á nuestro castillo el trigo, la harina, el pan cocido ya, la avena para los caballos, buenos vinos, bueyes, ovejas y corderos gordos, gallinas y caza. Nos tratábamos como reyes, y cuando montábamos á caballo, todo el país temblaba ante nosotros» (1). El que habla es un *capitan de ladrones*. *Froissart* no tiene ni una palabra de censura para las terribles bandas que desolaban la Francia, y ¿cómo las había de condenar? ¿No iban dirigidas por caballeros? Por esta razon las simpatías del cronista están de parte de los bandidos más bien que de parte de los villanos á quienes despojaban: «Y siempre ganaban los pobres bandidos saqueando villas y castillos, y conquistaban tan gran botin que era maravilla» (2). De suerte que el cronista no se apiada del *pobre país*, sino que parece que compadece á los *pobres bandidos*. Este rasgo es característico. Las costumbres que llamaban caballerescas eran bárbaras; los combates, la muerte, el pillaje, esas desgracias de todos los instantes, habian llegado á ser acontecimientos regulares y habituales. Allí donde todo el mundo sufre y hace sufrir, el sentimiento de la humanidad se embota y se pierde; ¿cómo, pues, habia de desarrollarse en la Edad Media?

En realidad este sentimiento falta en *Froissart* y en sus contemporáneos. Apénas se echa de ver cuando se trata de la religion. Los de Cambresis hacen una excursion al Hainaut y toman la ciudad de Aspre: «Entraron dentro los franceses y encontraron á la gente, hombres y mujeres, en sus casas, y los tomaron á su voluntad, y todo lo suyo, oro y plata, telas y joyas, y los animales, y despues pegaron fuego á la ciudad y la quemaron.» *Froissart* no se conmueve por el saqueo de una ciudad; pero habia allí una comunidad de monjes negros; los vencedores saquearon el monasterio y le prendieron fuego; aquí el cronista añade: *muy villanamente* (3). El conde de Hainaut destruye la ciudad de Saint-

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. IV, c. XIV.

(2) ID., *ibid.*, lib. I, P. 1.^a, c. 324.

(3) ID., *ibid.*, lib. I, P. 1.^a, c. 100.

Amand: «pocos escaparon con vida, porque á ninguno se daba cuartel.» Ni una palabra de censura ni de compasion. Al dia siguiente los habitantes de Valenciennes quemaron la abadía y rompieron todas las campanas; *Froissart* añade: «lo cual fué una lástima, porque las habia muy buenas y melodiosas, y no sacaron de ello ningun provecho» (1). Y siempre es lo mismo; ¡*Froissart* no se conmueve más que cuando se destruyen las campanas ó cuando las iglesias son el teatro de la muerte ó de la destruccion! No deseñemos tan singular piedad. Es una chispa del fuego sagrado de la humanidad que nunca se apaga por completo en el corazon del hombre; un dia se convertirá en llama que temple todas las almas. El derecho que protegió al monje se hará extensivo al mundo láico; la cabaña será respetada lo mismo que la iglesia, y la vida del villano merecerá el mismo respeto que la del clérigo.

En los siglos XIV y XV estamos aún léjos de esta era de humanidad. Los historiadores alaban, y nosotros mismos hemos alabado, la cortesía del príncipe Negro y de la caballería de su tiempo. Es cierto que los caballeros eran corteses entre sí, al ménos en el sentido de que los prisioneros conservaban la vida. Carlos de España, irritado contra dos caballeros hechos prisioneros por Carlos de Blois, los pidió para darles muerte. Carlos de Blois manifestó que sería «gran crueldad y poco honor para él, y gran mengua para todos, tratar así á dos hombres tan valientes.» «Los dos caballeros, dice *Froissart*, quedaron terriblemente sorprendidos, y con mucha razon, y dijeron que no podian creer que unos guerreros hiciesen ni consintiesen tal crueldad como dar muerte á dos caballeros hechos prisioneros en el combate por guerras de señores» (2).

«El que pide perdon, dice en otra parte el cronista, debe alcanzar perdon» (3). Esta muy bien, pero la medalla tiene su reverso. Se ha alabado mucho el espíritu caballeresco de los ingleses en el siglo XIV; su cortesía ocultaba una codicia de mercaderes. El rey Juan fué tratado por el príncipe Negro con todos los signos ex-

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, P. 1.^a, c. 138.

(2) ID., *ibid.*, lib. I, P. 1.^a, c. 187.

(3) ID., *ibid.*, lib. I, P. 1.^a, c. 221.

teriores de deferencia y consideracion. «Pero aquella noble hospitalidad, Eduardo se la hacía pagar; el carcelero, ántes del rescate, se hacía pagar los *doblones*; los *gastos de custodia* del rey de Francia subian á diez mil reales por mes» (1). El duque de Orleans, hecho prisionero en Azincourt, probó, durante una cautividad de treinta años, lo que era la generosidad inglesa. La custodia de su persona costaba veinte sueldos por día; el príncipe se veía obligado á hacer venir de Francia todas las provisiones que le eran necesarias para vivir segun su rango. En el año 1430 fué confiado á un caballero que se hizo cargo de él mediante trescientos marcos anuales. Esta suma pareció bien pronto exorbitante al Consejo de Inglaterra; se sacó, pues, á subasta el mantenimiento del príncipe frances. El conde de Suffolk fué el mejor postor, y ofreció hacerse cargo de él por catorce sueldos y cuatro dineros diarios (2). ¡De modo que la cortesía inglesa consistia en sacar á subasta el alimento de un prisionero, primer príncipe de la sangre de la familia real de Francia!

No eran más elevados los sentimientos de la caballería del continente: «Los ingleses son codiciosos, dice *Froissart*, y lo mismo son todos los guerreros» (3). Si el vencedor consentia en perdonar la vida al vencido, era no tanto por humanidad cuanto por exigir rescate. Este espíritu de lucro hace un triste contraste con la generosidad que se supone á los caballeros. Los ingleses y los portugueses, temiendo que sus prisioneros se vuelvan contra ellos, toman la resolucion de matarlos: «Por tanto, tomaron una deplorable resolucion; pues se mandó que todo aquel que tuviese un prisionero inmediatamente lo matase, sin que fuese exceptuado ninguno, por valiente, poderoso, noble, bello, ni rico que fuese. Allí murieron barones, caballeros y escuderos que estaban prisioneros; no se atendian las súplicas; de nada servia el esconderse acá y allá sin armas y creyendo salvarse, pues todos fueron muertos. El espectáculo fué terrible, pues cada uno mataba al suyo, y al que no queria matarlo se lo mataban entre sus manos, y decian los por-

(1) MICHELET, *Historia de Francia*, lib. VI, c. 3.

(2) CHAMPOLLION, *Noticia histórica acerca de Carlos de Orleans*, al frente de la *Recopilacion* de sus poesias.

(3) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. 42.

tugueses é ingleses que habian dado el consejo: «Más vale matar que no ser muertos. Si no los matamos, alcanzarán libertad, y despues nos matarán, porque nadie debe fiarse de su enemigo.»

¿Qué reflexion inspira al historiador de la caballería esta espantosa matanza de caballeros desarmados? «Y considérese la desdicha, porque aquel sábado por la tarde mataron prisioneros, algunos de los cuales tenian cuatrocientos mil francos unos con otros» (1). ¡De suerte que el pensamiento del lucro era el que dominaba á los caballeros, cuando mataban á sangre fria á los prisioneros! Hé aquí la generosidad caballeresca sorprendida *in fraganti*; no es más que cálculo. No echen, pues, en cara á la civilizacion moderna la sequedad de corazon y el afan del lucro. ¡Hoy el vencedor se avergonzaria de abrigar los sentimientos de la caballería!

Cuando tan poca humanidad habia entre los caballeros, ¿podian esperarse sentimientos más humanos en las relaciones de la aristocracia feudal con las clases bajas? El príncipe Negro, caballero cortés, era cruel y hasta feroz cuando trataba con algunos desdichados villanos. ¿Veíase detenido en su marcha devastadora por la resistencia obstinada de algun castillo? En lugar de admirar el valor de sus adversarios, se vengaba de ellos como se vengaba un salvaje, degollándolos. En el saqueo de Limoges se hallaba ya gravemente enfermo, y se veía precisado á hacerse trasportar en una litera, lo cual no le impidió hacer matar á su vista á todos los habitantes desarmados, hasta las mujeres y los niños.

En el siglo XIV la opresion del feudalismo movió á rebelion á los siervos. Un movimiento democrático estalló en Francia y en Inglaterra. La Bélgica habia tomado la iniciativa; más afortunados que sus vecinos, los flamencos disfrutaban de riqueza y libertad. Pueden verse en *Froissart* los sentimientos de envidia que excitaba en la nobleza feudal aquella prosperidad de los villanos, y las crueldades de que se hicieron culpables los caballeros franceses en las guerras contra los plebeyos de Gante y de Bruges. *Froissart* se regocijó de la derrota de los flamencos, á pesar de que eran sus compatriotas. Hace notar que su ejemplo servia de estí-

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. III, c. 20.

mulo á la rebelion de los siervos en Inglaterra y en Francia (1). La victoria de los barones franceses contuvo el movimiento popular; el cronista no duda que este resultado fué debido á la ayuda de Dios: «Y considerad lo que hubiera sucedido si el rey de Francia hubiera sido derrotado en Flándes con la noble caballería que le acompañaba en aquel viaje. Bien puede creerse que toda la nobleza hubiera muerto y se hubiera perdido en Francia y en otros países; porque los villanos se rebelaban y amenazaban ya á los gentiles-hombres y damas que habian quedado atras; de suerte que se les habia metido el diablo en la cabeza para matar á todos, si Dios mismo no hubiera puesto remedio» (2).

Estas reflexiones de *Froissart* deben abrir los ojos á los que conservan aún alguna ilusion acerca de la caballería. ¿No era la proteccion de los débiles y de los oprimidos el primer deber de los caballeros? ¡Pues los villanos se ven obligados á rebelarse por los malos tratamientos de sus señores; los barones les hacen una guerra cruel para conservar su tiranía, y el historiador de la caballería presenta como un juicio de Dios el triunfo de la fuerza sobre el derecho! *Froissart* se precipitaba demasiado al celebrar las desgracias de los siervos y plebeyos como un juicio de Dios; los designios de la Providencia son impenetrables para nuestra débil vista; lo que nosotros consideramos como un triunfo, es muchas veces el primer paso hácia la decadencia. El cronista creia victorioso al feudalismo, y estaba moribundo; el movimiento democrático que creia comprimido, no estaba más que detenido, y llegará muy pronto á ser irresistible.

La idea del derecho no podia nacer en una edad en que reinaba el privilegio; y donde no hay igualdad, es difícil que prevalezca la humanidad. Las guerras permanentes eran todavía un obstáculo para que se desarrollasen afecciones más dulces. Es preciso que la sociedad misma cambie para que los sentimientos de los hombres se modifiquen; pero la sociedad no puede trasformarse sino mediante la accion de los individuos. Esto parece un círculo vicioso. Sin embargo, la trasformacion se realiza. En la Edad Media

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. II, c. 103.

(2) *Id.*, *ibid.*, lib. II, c. 187.

solamente la clase dominante se dedicaba á la guerra; los villanos y los plebeyos no podian participar de unas pasiones de que eran víctimas. El advenimiento de las clases inferiores cambió el estado social, y esto dió otra direccion á las necesidades y á los gustos de los hombres. La sociedad, que era guerrera, va á hacerse pacífica, y la humanidad va á ocupar el lugar de la barbarie. Esta revolucion se preparaba ya en la Edad Media.

§ II.—Cárols de Orleans.—Gerson.—La paz.

El siglo XIV es una época de sangre y de ruinas: «Por todas partes, dice *Froissart*, estaba el mundo en aquellos tiempos lleno de tribulaciones y de guerras» (1). En su larga lucha con la Francia, los ingleses mostraron una rapacidad insaciable; los excesos que cometieron engendraron ese odio profundo del pueblo frances hácia el nombre inglés, que ha sobrevivido á todas las revoluciones. En el siglo XIV, el odio de los desgraciados habitantes, abrumados por sus ávidos vencedores, no podia ser más legítimo. El pueblo, abandonado, habiéndole hecho traicion sus príncipes, invocó á Dios y á la santa Virgen contra sus implacables enemigos:

Pedirémos con buen corazon á Dios y á la dulce Virgen María que dé mal fin á los Ingleses; Dios padre los maldiga (2).

Los príncipes tambien sufrían á veces las desgracias de la guerra. Cárols de Orleans, hecho prisionero en Azincourt, estuvo en prision treinta años. Sus desgracias le hicieron sensible á las desgracias de su patria: «En otros tiempos se la llamaba en todas partes tesoro de nobleza; los extranjeros venían á ella para buscar modelos de todas las virtudes caballerescas, y hoy está abrumada de desgracias.» El poeta pregunta cuál es la causa de aquellos males. Responde que los causan los vicios de los hombres (3). La guerra es á sus ojos un castigo divino.

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. II, c. 225.

(2) LEBOUX DE LINCY, *Cantos históricos franceses*, t. I, p. CCCI y sig.

(3) CH. D'ORLEANS, *Poetas*, 1842, p. 171.

Dios ha querido castigar á la cristiandad, que ha dejado de vivir bien (1).

Que la Francia se corrija, y Dios vendrá en su auxilio y la devolverá la paz (2). La paz, este es el deseo más ardiente del pobre prisionero. Dice que:

Todo cristiano que es leal y bueno debe alegrarse mucho del beneficio de la paz, viendo los grandes males y destrucciones que la guerra ocasiona en todo país (3).

Todo el mundo debe amarla, porque es un manantial de bienes para todos los hombres, al paso que

La guerra no sirve más que de tormento; yo la detesto, y si en mi consistiera, quedaria desterrada (4).

Cárlos de Orleans ha escrito una balada sobre la paz. Empieza invocando á la santa Virgen:

Rogad por la paz, dulce Virgen María, reina de los cielos y señora del mundo, y haced orar á los santos y á las santas, y dirigios á vuestro hijo, pidiendo á su alteza que se digne mirar á su pueblo, á quien ha querido rescatar con su sangre, rechazando la guerra, que todo lo desconcierta. No os canséis de rogar; rogad por la paz, que es el verdadero tesoro.

Los prelados, dice el poeta, deben rogar por la paz, porque con la guerra cesa el estudio y se destruyen los monasterios. Los reyes, los príncipes, los duques y los condes deben rogar por la paz,

Porque los malos superan á los valientes, y tienen toda vuestra riqueza en sus manos.

El pueblo debe rogar por la paz, porque sus señores no pueden socorrerlo en sus necesidades durante la guerra (5). Que este deseo de paz no sea completamente desinteresado; que el pensamiento de Cárlos de Orleans se confunda con el de su propia libertad, él mismo no lo oculta, y expresa en versos elegantes la melancolía que le inspiraba el recuerdo de la Francia. Tal es la ley de la humanidad; no solamente el poeta prisionero, todo el

(1) CH. D'ORLEANS, *Balada CXIV*, p. 180.

(2) IBID., *Lamentaciones de la Francia*, p. 174.

(3) IBID., *Balada CXIV*, p. 180.

(4) IBID., *Balada CXVI*, p. 183.

(5) IBID., *Balada sobre la paz*, p. 176.

género humano ha probado los males infinitos de la guerra ántes de desear la paz y esforzarse por conservarla.

Después de las guerras de los Ingleses, el deseo de la paz se hizo general en Francia; se le encuentra expresado en los cantos populares (1):

¡Dios quiera dar buena paz á toda la cristiandad! Pero que sea para siempre; si todos viviéramos con lealtad, si la cristiandad estuviera unida, llevaríamos vida alegre y aprisionaríamos la tristeza. Los que la ocasionan sean malditos de Dios y también de la Virgen María, sin alcanzar nunca perdon.

Un teólogo, inspirándose en estos sentimientos, predicó la paz en presencia del rey y de los grandes, haciéndola obligatoria para los príncipes: «El rey, dice Gerson, no puede hacer nada más agradable á Dios que celebrar la paz; de esta manera hará ver que es un verdadero discípulo de Jesucristo, porque la paz hace los hijos de Dios. ¡Bienaventurados los pacíficos, dice Jesus, porque ellos serán llamados hijos de Dios! Los príncipes cristianos se obligan con juramento á defender á la cristiandad. Sin embargo, con sus guerras continuas la desgarran: ¿no es esto como cortarse una mano con la otra, ó como si un ojo arrancase al otro? En vano se invoca la Sagrada Escritura para justificar las guerras. Dios mismo ordenaba las guerras del pueblo elegido contra los infieles, pero quiere la caridad y la paz en el seno de Israel.» En el siglo xv se despertaba el derecho de las naciones, y las guerras con Inglaterra dieron á este sentimiento una fuerza inmensa: la guerra es legítima, se decia, porque el rey sostiene su buen derecho. Bajo el punto de vista político, no habia nada que responder. Gerson apela al espiritualismo cristiano: «También los Ingleses, dice, pretenden que el derecho está de su parte; si cada cual se obstina en estas pretensiones, ¿no se hará eterna la guerra? ¿No sería mejor ceder una parte del territorio para dar á la nacion el inapreciable beneficio de la paz?» También habia partidarios de la guerra por la guerra; contra estos hombres feroces truena Gerson desde lo alto de la cátedra cristiana: «Les gusta la guerra, dice, como gustan los cadáveres á los cuervos, la peste

(1) LEROUX DE LINCY, *Cantos históricos*, t. I, p. 379.

á los médicos y la discordia á los abogados» (1). El feudalismo gozaba en las luchas guerreras como el artista en su arte; pero hubo de ceder ante la reprobación general que se manifestó en el siglo XIV contra los males de la guerra. No quiere esto decir que la paz sustituya á las hostilidades permanentes que dividían á los barones feudales.

El largo duelo de la Francia y la Inglaterra inauguró las guerras nacionales. Sin embargo, la idea de la paz entró en la conciencia como un deber, al paso que la guerra era reprobada como contraria á la caridad cristiana. En el tratado de Brequigny de 1360 se reflejan estos nuevos sentimientos. Dice que la guerra de las dos casas reales ha producido grandes perjuicios á su reino y á toda la cristiandad, porque por dichas guerras han ocurrido muchas veces batallas mortales, matanza de gentes, saqueos y destrucción de pueblos, peligros de las almas, deshonra de doncellas, atropellos de mujeres casadas y viudas, é incendios de ciudades, abadías, monasterios y edificios, robos y opresiones; la justicia se ha debilitado, la fe cristiana se ha enfriado y el comercio ha perecido; y todo esto ha ocasionado tantos otros perjuicios y horribles sucesos, que no pueden decirse, citarse ni escribirse» (2). Hay toda una revolución en estas palabras dichas por un rey. Compáreselas con los cantos guerreros de Beltran del Born, y áun con la pasión guerrera que respira en las narraciones de *Froissart*: la caballería celebraba como hazañas ¿qué digo? como virtudes «las matanzas y saqueos, los incendios y robos.» Y de repente, los jefes de la aristocracia feudal reprueban lo que constituía su única ocupación, y esto porque «se debilita la justicia y perece el comercio.» Bajo el régimen feudal, la justicia residía en las armas, y los comerciantes no eran buenos más que para ser robados por los caballeros. ¿De dónde vienen, pues, esos sentimientos que destruyen todo el espíritu del feudalismo? Sigamos leyendo los tratados de Brequigny: «Hacemos saber que, considerando que los príncipes cristianos que quieren gobernar el pueblo que les está sometido deben evitar las guerras y disensiones,

(1) GERSON, *Sermo de Spiritu Sancto*. (Op., t. III, p. 1255-1260.)

(2) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, P. 2.^a, c. 134.

que ofenden á Dios, y desear para sí y sus súbditos paz y concordia, con la que los súbditos son gobernados con tranquilidad» (1). La paz es, pues, un deber de los reyes, porque es el único medio de garantizar la justicia y los intereses de los pueblos. Desde fines del siglo XIV estos sentimientos son casi cosa de formulario en los tratados internacionales, lo cual prueba que han penetrado en la conciencia general.

Leemos en el tratado de Arras de 1435 entre el rey Carlos VII y el duque Felipe de Borgoña: «El muy glorioso rey de los reyes, Dios nuestro creador, nos enseña y da ejemplo por sí mismo, de querer, como verdadero pastor, la salud y el reposo de nuestro pueblo, y preservarlo de los grandísimos é innumerables males y desastres de la guerra, lo cual hemos deseado siempre con todo nuestro corazón, conociendo que el bien de la paz enaltece y hace posible la justicia, por la cual reinan los reyes» (2).

A medida que avanzamos en el siglo XV, va dominando más y más la idea de la paz; se la relaciona siempre con Dios, como un deber cristiano, pero principalmente se la celebra porque protege los bienes de este mundo, y realmente las necesidades nacidas del comercio y de la industria son las que han hecho á los hombres desear la paz más bien que el cristianismo. La religión tenía más poder en el siglo XII que en el siglo XV; sin embargo, bajo el régimen feudal todo respira guerra, al paso que al fin de la Edad Media todos desean la paz. Luis XI, príncipe supersticioso y político á la vez, nos dirá cuáles eran las ideas de la nueva era en que iba á entrar la humanidad. «Considerando que nada es más conveniente al honor y alabanza de los príncipes cristianos que desear y amar la paz, cuyos beneficios en las cosas terrenas y perecederas es tan grande que no puede ser mayor; nos, deseando mostrarnos ante Dios, nuestro creador, virtuosos y obedientes en todas nuestras operaciones, á fin de que la Iglesia, dedicándose al servicio divino, puede cobrar fuerzas y vivir con verdadera seguridad, que los nobles y demás hombres abunden en reposo y tranquilidad sin servidumbre de armas, y que puedan sostenerse nuestros

(1) FROISSART, *Crónicas*, lib. I, P. 2.^a, c. 132.

(2) *Memorias de OLIVIER DE LA MARCHE*, lib. I, c. 3.

países y señoríos, tanto en punto á mercancías como en todo lo demas, y el estado de cada cual pueda permanecer estable, y por consiguiente el pobre pueblo y todos nuestros súbditos puedan trabajar y dedicarse, cada uno por sí, á sus faenas, industrias y artificios, sin violencia ni opresion alguna, y en lo futuro, mediante la gracia de Dios, guardar, observar y mantener verdadera y perpétua paz y justicia necesaria á toda la tierra cristiana, y en ella vivir y morir inviolablemente.» Siguen las disposiciones del tratado; despues vuelven los príncipes á las consideraciones religiosas: «Por consideracion de las cosas ántes dichas, y singularmente en honor de Dios, nuestro creador, autor y señor de la paz, y para humillarnos ante él á fin de acabar y evitar mayor efusion de sangre humana, y para que por los inconvenientes que proceden de la guerra no nos veamos separados y privados de la casa de Dios Padre, desheredados de la casa del Hijo y perpétuamente enajenados de la gracia del bendito Espíritu Santo...» (1).

En fuerza de sufrir todos los males de una guerra cruel, se acordaron los hombres de que adoraban á un Dios de paz. Estas ideas hicieron nacer tambien la piedad y la conmiseracion con los vencidos. La verdadera humanidad era desconocida por la Edad Media, así como tambien por el cronista que ha descrito con entusiasmo los altos hechos de los caballeros de los siglos XIV y XV. *Commines* no siente hácia los horrores de las guerras que presenció la indignacion que suscitan en los historiadores modernos; no pierde su indulgencia en medio de los excesos de los guerreros, pero al ménos los censura. Asistió á la destruccion de Dinant: «Dicha ciudad fué tomada y arrasada, y los prisioneros, hasta el número de 800, ahogados delante de Bouvines, á instancia de dicho Bouvines. No sé si Dios lo permitió así por sus grandes maldades, pero la venganza fué cruel sobre ellos.» En aquella misma guerra Carlos el Temerario consultó si haría morir á los 300 rehenes que le habian dado los de Lieja: «Ninguno opinó que los hiciera morir á todos, y por excepcion el señor de Contay sostuvo esta opinion, y nunca le oí hablar tan mal ni tan cruelmente como en esta ocasion.» *Commines* lo excusa diciendo que

(1) *Memorias de OLIVIER DE LA MARCHE*, lib. II, c. 7.

todos somos hombres y falibles, y «el que quisiese hallarlos tales que nunca se equivocasen y hablasen como sabios, y que no se alterasen una vez más que otra, tendria que ir á buscarlos al cielo porque no los encontraría entre los hombres»; pero fiel á su idea de una justicia divina, el historiador atribuye la muerte del consejero de Carlos el Temerario á castigo de su crueldad: «Me parece conveniente consignar que despues que dicho señor de Contay hubo dado tan cruel opinion contra aquellos pobres rehenes, uno que estaba en el consejo me dijo al oido: «Mirad bien á ese hombre, como no es viejo y goza de buena salud; pues me atreveria á apostar cualquier cosa, á que no vive de hoy en un año;» y esto lo digo por la terrible opinion que acaba de emitir.» Y así sucedió, pues apénas vivió.» *Commines* contrapone al consejo del señor de Contay la humana opinion del señor d'Aymbercourt, el cual dijo «que su opinion era, para poner á Dios de su parte por completo, y para dar á conocer á todo el mundo que no era cruel ni vengativo, que el duque pusiese en libertad los 300 rehenes.» Habiendo salido airoso Aymbercourt, contra lo que se esperaba, en una negociacion con los de Lieja, el historiador dice «que segun el juicio de los hombres, recibió todos los honores por la bondad de que habia usado con dichos rehenes» (1).

Froissart y *Commines* han vivido en el mismo siglo, y parece que los separa un abismo. Media realmente un abismo entre ellos. El cronista es el hombre de la Edad Media, gran admirador de los hechos de armas, pero poco sensible á los males de la guerra, á ménos que éstos recaigan en gentes de iglesia. *Commines* es un historiador político, es el hombre de los tiempos modernos; no le gusta la guerra, reprueba la crueldad y bendice la clemencia, haciendo ver que la mano de Dios castiga á los hombres crueles, al paso que se muestra misericordioso con los que son dulces y clementes. Se le pudiera criticar por demasiado indulgente; pero aún cuando excusa á los hombres que hacen el mal, condena el mal. Y no siempre busca excusas; no vacila en condenar el orgullo y la cólera que dominaron á Carlos el Temerario, hasta el punto de parecer un loco furioso: «Encolerizado el duque como esta-

(1) *Memorias de COMMINES*, lib. III, c. 9.

ba, salió al campo y comenzó unas operaciones de guerra buenas y malas, como nunca las había usado, pegando fuego en todas partes á donde llegaba. » En seguida se desahogó con los prisioneros: « Los prisioneros fueron colgados, salvo algunos á quienes los guerreros, por piedad, dejaron escapar. A un gran número se les cortaron las manos. Me disgusta referir esta crueldad, pero yo estaba presente y no puedo pasarla en silencio » (1).

La humanidad se despertaba en las almas escogidas, pero las costumbres eran bárbaras todavía. Commines es más bien el hombre del porvenir que del presente. El cuadro de las costumbres copiado del natural debe buscarse en Froissart; bárbaras al principio del siglo xv, aún en las clases superiores; ¿ cómo se habían de haber humanizado súbitamente á fines de este mismo siglo? Este es el punto de vista en que hay que ponerse para apreciar con equidad el derecho de guerra al principio de la era moderna.

SECCION II. — EL DERECHO DE GUERRA EN EL SIGLO XVI.

§ I. — Los hechos.

N.º 1. — *Barbarie.*

I.

Uno de nuestros mejores historiadores dice, hablando de las guerras del siglo xvi: « Se inclina uno naturalmente á pensar que los progresos de la civilizacion debian haber dulcificado las costumbres, y que los pueblos estarian expuestos á ménos sufrimientos en el siglo xvi que en los siglos xi y xii; un exámen atento hace ver lo contrario. La historia de los siglos verdaderamente bárbaros no presenta atrocidades semejantes á los castigos de la Guienna en tiempo de Enrique II. Entónces los Estados eran mu-

(1) *Memorias de COMMINES*, lib. II, c. 2 y 3.

cho más pequeños; los opresores, mucho más inmediatos á los oprimidos, los conocian mejor y experimentaban más simpatías hácia ellos; ademas veian con más claridad que, destruyendo á sus súbditos, se arruinaban á sí mismos, y eran demasiado débiles y demasiado pobres para soportar tan grandes pérdidas » (1). No harémos resaltar todas las ilusiones que hacen que esta comparacion entre la Edad Media y el siglo xvi sea precisamente lo contrario de la realidad. Los hechos hablan bastante alto. Si la Europa en la Edad Media estuvo dividida en una infinidad de pequeños Estados, lo único que de aquí resulta para los males de la guerra es que se diluyeron hasta lo infinito, puesto que las hostilidades eran permanentes en todos los puntos del territorio. Si las guerras fueron crueles en el siglo xvi, es porque las costumbres eran crueles. ¿ Y quién había producido las costumbres del siglo xvi? ¿ No eran el fruto de la Edad Media, que se empeñan en decir era más favorable á la humanidad que la era moderna? Si hay algun culpable es el feudalismo, no es el siglo xvi. Pudiera acusarse con justicia á la civilizacion, si el siglo xvi hubiera encontrado civilizada á la Europa; pero las costumbres eran bárbaras, y por consiguiente el derecho de guerra debia serlo tambien. Abundan las pruebas de la barbarie general al final de la Edad Media; no citarémos más que una sola, la justicia.

La justicia es una especie de guerra, y la guerra una especie de justicia. Una y otra empiezan por la barbarie y la crueldad; poco á poco va penetrando en ellas la humanidad. En el siglo xiv las ordenanzas compiten entre sí por lo atroz de las penas; á los monederos falsos se los cuece vivos; á las mujeres no casadas que ocultan su embarazo, se las presume culpables de infanticidio, y el juez, al condenarlas á muerte, tiene el poder arbitrario de añadir al suplicio la agravacion que tenga por conveniente. Para los crímenes políticos no había límite en los suplicios. La Guienna se insurreccionó en tiempo de Enrique II; los prisioneros fueron ejecutados en masa: unos fueron quemados, otros despedazados vivos, otros colgados á las cuerdas de las campanas que habían tocado; los jueces y los verdugos rivalizaban en invenciones para

(1) *SISMONDI*, *Compendio de la historia de los Franceses*, c. 12, secc. III.